

un crimen traer el desorden y la guerra á un país donde sus mismos enemigos la defienden de los traidores. ¡Id, señorita, id con Dios!

Y así diciendo, salió la viuda de la casa, dirigióse á la del cura de San Filiberto, suplicándole que pasara al castillo, y en seguida encaminóse apresuradamente al cortijo.

XXXVII

LAS LOBAS

Extremada fué la inquietud de Berta durante veinte y cuatro horas: las sospechas que José Picaut había despertado con sus revelaciones recaían no sólo sobre Courtin sino también sobre Michel.

El recuerdo de la velada anterior al día de la acción del Chene y de la aparición de un hombre en la ventana del cuarto de Mary, nunca se había borrado de su memoria, causándola de vez en cuando tormentos que la pasiva actitud de Michel ante ella mientras su convalecencia difícilmente lograba calmar; mas cuando Berta supo que Courtin, de quien estaba ajena de suponer que hubiese obrado sin orden de nadie, había hecho partir el buque; cuando al volver desalada y jadeante de amor á la Legerie no halló al que buscaba, aviváronse más y más sus celosas sospechas.

Todo empero cedió ante el deber que acababa de imponerle la viuda, todo, incluso las consideraciones de su amor; así es que al momento corrió al establo, eligió el caballo que le pareció más veloz, dióle doble pienso, ensillólo, y con la brida en la mano aguardó que el animal acabara de comer.

Entonces llegó á sus oídos un rumor muy conocido en aquellos tiempos de disturbios: era el acompasado paso de una partida de tropa.

Al momento llamaron fuertemente á la puerta del mesón, y por una puerta vidriera que comunicaba del establo á un horno, por el cual se entraba en la cocina, vió soldados, á cuyas primeras palabras comprendió que pedían un guía.

Como nada era indiferente para Berta, que temía á un tiempo por su padre, Michel y Petit-Pierre, no quiso marchar sin saber lo que aquellos hombres querían, y segura de no ser conocida bajo el traje de aldeana que llevaba, pasando del establo al horno, penetró en la cocina.

—¿No hay ningún hombre en la casa? preguntó á la anciana el teniente que mandaba la partida.—Nó, señor, respondió la vieja; mi hija es viuda, y el único mozo que tenemos se ha ido no sé dónde.—Precisamente hubiera aquí nos serviría de guía como en la famosa noche de la cuesta de Baugé; y si ella misma no pudiera, nos elegiría uno del cual podríamos fiarnos, mientras que con esos tu-nantes campesinos, todos medio chuanes, es difícil viajar con seguridad.—Si la viuda Picaut está ausente, tal vez hay medio de remplazarla, dijo Berta avanzando con resolución. ¿Vais lejos, señores?—¡Pardiez! exclamó el teniente acercándose, ¡guapa moza por vida mía! Guiadme á donde queráis, salero, y os seguiré con mucho gusto.

Bajó Berta los ojos torciendo la punta de su delantal, como lo hubiera hecho una sencilla aldeana.

—Si no vais muy lejos, señor, y el ama lo permite, puedo acompañaros, pues conozco muy bien las cercanías.—Aceptado, dijo el teniente.—Pero con la condición de que no he de volver sola, prosiguió Berta, pues tendría miedo.—Vendré con vos, reina mía, dijo el oficial, aunque esa condescendencia haya de costarme la charretera. Vamos á ver: ¿sabéis dónde está la Boulevre?

Al oír el nombre del cortijo perteneciente al barón, en el cual había ella permanecido algunos días con el marqués y Petit-Pierre, estremeciése Berta de piés á cabeza, un sudor frío le bañó la frente, y su corazón palpitó con violencia.

—¿La Boulevre, repitió dominando su emoción. ¿Es lugar ó quinta?—Nó, es una granja.—¿Y á quién pertenece?—A un caballero de vuestras cercanías.—¿Queréis alojaros en la Boulevre?—Nó, vamos á una expedición.—

¿Qué significa expedición? preguntó la doncella.—¡Hola! muy bien, dijo el teniente; hé aquí una muchacha deseosa de instruirse.—Es muy natural: si os acompaño ú os hago acompañar á la Boulevure, á lo menos debo saber para qué vais allá.—Vamos, dijo el subteniente terciando en la conversación para echarla de chistoso, vamos á pasar á un blanco por la legía de plomo, á fin de que se vuelva azul.—¡Ah! exclamó no pudiendo reprimir una exclamación de terror.—¡Diantre! ¿qué tenéis? preguntó el teniente. Si os hubiesen dicho el nombre del que vamos á prender, creería que estáis enamorada de él.—¡Yo! exclamó Berta apelando á toda la energía de su carácter para ahogar el espanto que la oprimía el corazón; lyo enamorada de un caballero!—Reyes ha habido que con pastoras se han casado, dijo el subteniente.—¡Calle! exclamó el teniente, pues no parece sino que la pastora va á desmayarse como una gran señora.—¡Yo! dijo Berta con forzada sonrisa, ¡para qué me desmayaría! Esas son cosas que se aprenden en la ciudad, y nó en el campo.—Lo cierto es que os habéis puesto muy pálida, hermosa niña.—No es extraño, puesto que habláis de fusilar á un hombre como de matar un conejo en el bosque.—Y no es lo mismo, nó, dijo el subteniente: un conejo fusilado puede asarse, mientras que un chuán no es bueno para nada.

Berta no pudo disimular el disgusto que le causaba la broma del oficial.

—¿Acaso no sois patriota como vuestra ama? preguntó el teniente.—Patriota soy; mas aunque aborrezco á mis enemigos, todavía no he podido acostumbrarme á mirar su muerte con indiferencia.—Ya os acostumbraríais, dijo el oficial. Nosotros también nos acostumbramos á pasar las noches al raso; poco hace, cuando aquel maldito campesino ha llegado al puesto de San Martín y he tenido que ponerme en marcha, he dado al diablo la carrera; pero ahora veo que tiene sus compensaciones, de suerte que en este momento en vez de maldecirla la hallo muy buena.

Y sin duda para acrecentar las delicias de la situación, el oficial se inclinó y quiso besar el cuello de la doncella.

No esperaba Berta esa agresión, y al sentir en su rostro el hálito del mancebo, irguióse encarnada como una amapola, trémulos de ira los labios y centelleantes de indignación los ojos.

—¡Oh! ¡oh! prosiguió el teniente, ¿por un besito os enfadáis, hermosa?—¿Por qué no? ¿creéis acaso que porque soy una pobre aldeana puede cualquiera insultarme impunemente?—*¡Insultar impunemente!* ¡Cómo habla la mocita! dijo el subteniente. ¡Y aun dirán que estamos en un país de salvajes!—Ganas me vienen, dijo el teniente, de prenderos por sospechosa y no soltaros hasta que me paguéis el rescate que exigiré por vuestra libertad.—¿Y cuál será el rescate?—El beso que me negáis.—No quiero que me lo deis, pues no sois mi padre, ni hermano, ni mi marido.—¿Es decir que nadie más que ellos tendrá nunca el derecho de besar esas lindas mejillas?—Sin duda.—¿Por qué razón?—No quiero faltar á mis deberes.—¿Vuestros deberes? ¡Vaya una gracia!—¿Acaso creéis que no tenemos deberes como vosotros? Vamos á ver (Berta procuró sonreírse); si yo por ejemplo preguntara el nombre del que vais á prender y hubieseis de faltar á vuestro deber para decírmelo ¿por ventura me lo diríais?—¡A fe mía! dijo el oficial, tendríais poco mérito, pues no creo que haya grande inconveniente en que lo sepáis.—¿Y si lo hubiese?—¡Oh! entonces... Y aun no lo sé lá fe mía! Es tanto lo que vuestros ojos me enloquecen, que no me atrevo á decir lo que haría, de veras. Y mirad, la prueba es que si no hay otro remedio, si sois tan curiosa como yo débil, os diré ese nombre y seré traidor á la patria; pero quiero el beso, lo quiero.

Eran tan vivos los temores de Berta, y estaba tan íntimamente persuadida de que era á Michel á quien amenazaba el peligro, que olvidó toda prudencia, y con la impetuosidad de su carácter, sin pararse en la suposición á que su insistencia podría dar margen, presentó la mejilla al teniente, quien estampó en ella dos sonoros besos.

—Toma y daca, dijo sin poder reprimir una sonrisa: el que vamos á prender se llama el señor de Veirée.

Retrocedió Berta y miró al oficial presintiendo que la había engañado.

—¡Ea! ¡en marcha! dijo el teniente; voy á pedir al alcalde lo que no he podido encontrar aquí. Sea cual fuere el guía que me dé, prosiguió, no me proporcionará ninguno que me guste tanto como vos, resalada.

Y exhaló un afectado suspiro.

—¡Ea! soldados, en marcha! añadió.

El subteniente y los cuatro ó cinco soldados que habían entrado con el oficial salieron á reunirse con los que se habían quedado fuera.

El teniente pidió candela para encender un cigarro, y viendo que Berta buscaba en vano una pajueta, sacó un papel y encendiólo en la lámpara. La doncella, que estaba observando todos sus movimientos, miró el papel que la llama empezaba ya á torcer y entre las amarillentas arrugas leyó distintamente el nombre de Michel.

—¡Ah! ya me lo temía, dijo para sí; ha mentido. ¡A Michel quieren prender!

Y como el oficial había tirado al suelo el papel á medio quemar, puso ella el pié encima con tanta turbación, que el teniente la aprovechó para darle otro beso.

En el momento mismo en que la joven se volvía á él, dijo poniéndose un dedo á la boca:

—¡Chito! que no sois aldeana: mirad por vos si tenéis que ocultaros, pues si con los que os buscan desempeñáis tan mal vuestro papel como conmigo, que no tengo orden de buscaros, estáis perdida.

Y dicho eso salióse prontamente, sin duda por no perderse á sí mismo.

Ni siquiera esperó Berta que se hubiese cerrado la puerta para recoger el pedazo de papel.

Era la denuncia que Courtin había enviado á Nantes por conducto de un aldeano y que éste para abreviar el viaje había entregado al jefe del primer destacamento que encontró en el camino.

Este era el de San Martín, próximo al de San Filiberto.

Lo que aun se veía escrito en el parte del alcalde de la Logerie bastó para indicar á Berta el destino de la gente armada que iba á la Bouleuvre.

La doncella pensó perder la cabeza. Si la sentencia pronunciada contra el barón era ejecutoria para los soldados, y la broma del alférez podía dárselo á creer, á las dos horas Michel habría muerto. Vióle ensangrentado, acribillado el pecho á balazos, y regando la tierra con su sangre; y fuera de sí preguntó á la vieja:

—¿Dónde está Juan Oullier?—¿Juan Oullier? dijo la anciana mirándola con estupor; no sé lo que queréis decir.—Os pregunto dónde está Juan Oullier.—Pues ¿no murió?—Y vuestra hija ¿á dónde ha ido?—No lo sé. Cuando sale

nunca me dice á donde va; á su edad ya puede ser dueña de sus acciones.

Berta pensó en la casa de Picaut; mas para ir allá necesitaba una hora, y entretanto podían matar á Michel.

—Luego volverá, exclamó; decidla que no he podido ir en seguida á donde sabe, pero que estaré allá antes de amanecer.

Y corriendo al establo, montó á caballo y partió al trote largo.

Al cruzar la plaza de San Filiberto oyó á la derecha los pasos de la partida que se alejaba, y saliendo del pueblo pasó con el caballo el Boulogne á nado y tomó el camino más allá de la selva de Machecul.

Felizmente para Berta su cabalgadura era mejor de lo que aparentaba: era un cuartago bretón que, cuando parado, tenía un aspecto triste y abatido como el de los hombres de su país, pero que como ellos también se enardecía en acción y de minuto en minuto cobraba bríos; abiertas las narices y sueltas al viento sus largas crines, pasó del trote al escape, y acelerando la carrera devoraba el camino: llanos, valles y setos pasaban y desaparecían tras él con fantástica velocidad, mientras Berta, inclinada sobre el pescuezo y aflojando toda la rienda, le aguijaba de continuo á latigazos.

Los aldeanos que al paso encontraba, al ver que el caballo y el jinete se desvanecían en la oscuridad tan rápidamente como aparecieran, tomándoles por fantasmas se santiguaban.

Mas por veloz que fuese aquella carrera, todavía no lo era tanto como habría deseado Berta, para quien cada segundo era un mes y cada minuto un año, por cuanto conocía la terrible responsabilidad que sobre sí pesaba, responsabilidad de sangre, de muerte y de ignominia á la vez. ¿Salvaría á Michel? Y habiéndole salvado, ¿llegaría á tiempo para conjurar el peligro que amagaba á Petit-Pierre?

Agolpábanse á su mente mil confusas ideas; sentía no haber dado suficientes instrucciones á la madre de la viuda Picaut, y acometíanla vértigos al pensar que después de la precipitadísima carrera del caballo este sucumbiría probablemente en el trecho de la Bouleuvre á Nantes. Reconveníase por emplear en provecho de su amor los recursos que

podían preservar una cabeza tan preciosa á la nobleza de Francia: comprendía que, sin las señas y contraseñas que ella sabía, nadie podría llegar hasta el ilustre proserito, y combatida de mil sentimientos diversos, fuera de sí y presa de una especie de frenética embriaguez, sólo acertaba á precipitar la carrera del caballo, la cual á lo menos refrescaba su cabeza enardecida por los terribles pensamientos que la agitaban.

Al cabo de una hora llegaba á la selva de Touvain, donde la fué forzoso renunciar á aquella rapidez, pues estaba el camino tan lleno de baches, que el pobre rocín cayó dos veces. Púsole al paso, calculando que llevaba una ventaja suficiente para que Michel pudiera huir á tiempo; cobró esperanzas y respiró satisfecha al pensar que Michel iba á deberla otra vez la vida.

Preciso es haber amado y experimentado las inefables fruiciones del sacrificio; preciso es saber lo deleitoso de la abnegación por los seres amados, para comprender el gozo que por algunos momentos tuvo Berta y lo ufana que se puso á la idea de que la existencia de Michel, por ella conservada, le costaría tal vez muy cara.

Estaba completamente entregada á sus pensamientos, cuando á la claridad de la luna vió las blancas paredes del cortijo por entre algunas ramas de avellanos.

La puerta del patio estaba abierta. Apeóse la doncella, ató el caballo á una de las argollas de la pared exterior, y entró sin hacer ruido, amortiguados sus pasos por la capa de estiércol que había en el patio.

Con gran sorpresa de Berta estaba á la puerta de la casa un caballo ensillado, que así podía ser de Michel como de otro cualquiera, y la joven quiso averiguarlo antes de traspasar sus umbrales. Viendo entreabierta una de las ventanas de la misma estancia en que Petit-Pierre había pedido en nombre de Michel su mano al marqués de Souday, acercóse despacito, y apenas miró adentro, cuando exhaló un ahogado grito, sintiendo que la abandonaban las fuerzas.

Acababa de ver á Michel á los piés de Mary. Uno de los brazos del mancebo rodeaba el talle de su hermana, cuya mano acariciaba los cabellos del barón: ambos se miraban sonriendo, con aquella expresión de felicidad inequívoca para el que una vez ha amado.

El desaliento de Berta duró un minuto, tras el cual se

precipitó á la puerta, y empujándola con violencia, presentóse en el dintel, suelta la cabellera, centelleantes los ojos, lívido el rostro y jadeante el pecho, cual la estatua de la Venganza.

Exhaló Mary un grito y cayó de rodillas tapándose la cara con las manos. Habíalo adivinado todo á primera vista: tal era el trastorno que Berta mostraba.

Aterrado Michel por las miradas de ésta, habíase levantado de pronto, y cual si se encontrara delante de un enemigo, había echado maquinalmente mano á sus armas.

—¡Herid! exclamó Berta al ver su ademán; herid, desgraciado, y así coronaréis dignamente vuestra bajeza é infidelidad.—Berta, balbució Michel, oid, dejad que os explique...—¡De rodillas, de rodillas, vos y vuestra cómplice! exclamó Berta. De rodillas debéis pronunciar las odiosas mentiras que vais á forjar para disculparos. ¡Oh! ¡infame! ¡yo que acudía para salvarle la vida! ¡yo que loca de terror y desesperación porque le amenazaba un gran peligro lo olvidaba todo, honor y deber! ¡yo que ponía mi vida á sus piés! yo que sólo ansiaba decirle: ¡Mira, Michel, mira si te amo! luego y le encuentro faltando á sus juramentos y promesas, infiel á los sagrados lazos del agradecimiento, cuando nó del amor; ¡y con quién y por quién? ¡Por la que yo amaba más en el mundo después de él, por la compañera de mi infancia, por mi hermana! ¿No podías seducir á otra mujer, dí, miserable? continuó Berta asiendo el brazo del joven y sacudiéndolo con violencia. ¿Acaso querías arrebatarme en mi desesperación los consuelos que se hallan en el corazón de una hermana?—¡Escuchadme, Berta, os lo suplico! dijo Michel. A Dios gracias no somos tan culpables como creéis. ¡Oh! ¡si supierais, Berta, si supierais!—Nada quiero oír; sólo oigo mi corazón, traspasado de dolor y lleno de desesperación; ¡sólo oigo la voz de mi conciencia que me dice que eres un infame! ¡Señor! ¡Señor! exclamó mesándose con las crispadas manos los cabellos; ¡Señor! ¡y este es el pago de mi ternura, de una ternura tan ciega que cerraba ojos y oídos cuando me decían que este niño, que este muñeco pusilánime é irresoluto no era digno de mi amor! ¡Insensata de mí! Yo creía que por gratitud profesaría cariño á la que se compadecía de su debilidad, á la que arrostraba las preocupaciones y la opinión pública para levantarle del vilipendio y lavar las manchas de su nombre!—¡Basta! exclamó

Michel irguiéndose, ¡basta!—Sí, las manchas de tu nombre, repitió Berta. ¡Ah! te indignas ¡mejor! pues te lo repito: sí, las manchas más odiosas, más negras, más infames: las de la traición. ¡Oh familia de traidores! El hijo continúa la obra del padre: no podía menos de ser así.—¡Señorita! ¡Señorita! dijo Michel, abusáis del privilegio de vuestro sexo para insultarme.—¿Acaso tengo sexo ahora? ¡Ah! no lo tenía cuando ahora mismo te burlabas de mí á los piés de esta pobre loca; no lo tenía cuando hacías de mi hermana la más miserable de las criaturas. Y porque no me lamento, porque no me arrastro á tus piés mesándome los cabellos y golpeándome el pecho, hé aquí que de repente descubres que soy mujer, un sér á quien se debe respetar por su timidez, á quien no se debe hacer sufrir por su debilidad. Nó, nó: para tí no tenía ni tengo sexo. Desde ahora tienes delante á una criatura que has ofendido mortalmente y te insulta. Barón de la Logerie, ya te he dicho que era infame y traidor quien seducía á la hermana de su novia. Barón de la Logerie, no sólo eres infame y traidor, sino que eres hijo de traidor é infame. Tu padre fué un malvado que vendió á Charrette, y á lo menos expió su crimen con la vida. Hante dicho que se suicidó en la caza ó que fué muerto casualmente: mentira benévola y que yo desmiento. Matóle el que presenció su negra acción; matóle....—¡Hermana! exclamó Mary levantándose y tapando la boca de Berta, vais á hacerlos culpable de una de esas faltas que reprocháis á los demás; vais á divulgar un secreto que no os pertenece.—¡Sea! pero que hable este hombre; que mi desprecio le haga alzar la cabeza, y halle en su vergüenza y su orgullo el valor de quitarme una vida que me es odiosa, que no será más que un largo delirio, un tormento eterno. Que acabe á lo menos lo que ha empezado. ¡Gran Dios! dijo Berta, de cuyos ojos comenzaban á brotar lágrimas; ¡y permites que los hombres desgarran de este modo los corazones de tus criaturas! ¡Señor! ¡Señor! ¿quién me consolará en adelante?—Yo, dijo Mary, yo, querida hermana, si quieres oirme y perdonarme.—¡Nunca! exclamó Berta rechazando á Mary; sois la compañera de este hombre, y no os conozco; pero mirad uno por otro, pues vuestra traición debe seros funesta.—¡Berta! ¡Berta! ¡no hables así, no nos maldigas, no nos insultes!—¿Y qué queréis? dijo Berta, ¿no han de tener razón los que nos han apellidado

Lobas? ¿Queréis que digan: Las señoritas de Souday han amado al señor Michel de la Logerie, y después de dar palabra de casamiento á entrambas (pues como á mí también os la habrá dado), el señor de la Logerie se ha casado con otra? Sabed que eso fuera monstruoso hasta para unas Lobas.—¡Berta! ¡Berta!—Si he desdeñado ese epíteto como también la vana consideración del decoro superficial, prosiguió la doncella cada vez más exaltada; si en mi tosca independencia me he mofado de las conveniencias de la sociedad, es porque ambas ¿lo oís? teníamos el derecho de levantar la frente en nuestra independencia virtuosa y llena de honradez; es porque nuestra conciencia nos colocaba á tal altura, que nuestro desprecio menospreciaba la miserable calumnia; mas hoy os declaro que lo que no me dignaba hacer por mí, lo haré por vos, Mary, matando á este hombre si con vos no se casa. Basta y sobra un baldón en el nombre de nuestro padre.—Este nombre no será deshonorado, te lo juro, Berta, exclamó Mary arrojándose de nuevo á los piés de su hermana que, sucumbiendo por fin, habia caído en una silla.—¡Mejor! será un dolor menos para la que no veréis más. ¡Dios mío! prosiguió torciéndose las manos con desesperado ademán. ¡Haberles amado tanto, y tener que aborrecerles!—Nó, no me aborrecerás, Berta; tu dolor y tus lágrimas me duelen más que tu ira. ¡Perdóname! Mas ¿qué digo? Vas á creerme culpable porque te abrazo las rodillas y te pido perdón. No lo soy, ¡te lo juro! Yo te diré... mas no quiero que sufras, no quiero que llores. Señor de la Logerie, continuó Mary volviendo á Michel su rostro bañado en llanto, señor de la Logerie, olvidad lo pasado, que es un sueño; es de día, ¡idos, alejáos y olvidadme; partid, partid inmediatamente.—Cuidado con lo que haces, Mary, dijo Berta cuya mano besaba y cubría de lágrimas su hermana; mira que es imposible.—Sí, sí, es posible, Berta, respondió Mary mirando á su hermana con desgarradora sonrisa. Berta, ambas tomaremos un esposo cuyo nombre desafiará todas las calumnias del mundo.—¿Cuál, pobre niña?—¡Dios! dijo Mary alzando las manos al cielo.

No pudo Berta responder, pues el dolor la ahogaba; mas estrechó fuertemente á Mary contra su corazón, mientras Michel, anonadado, se dejaba caer en un escabel que habia en un rincón de la estancia.

—Perdónanos, murmuró Mary al oído de su hermana; no le acuses. ¡Ah! ¿tiene él la culpa de que su educación le haya hecho tan tímido que no tuvo valor para hablar cuando debía hacerlo? Há tiempo que quiso advertirte, y yo sola se lo impedí, con la esperanza de llegar á olvidarle. ¡Ay! el corazón es más fuerte que la voluntad! Pero ya no nos separaremos, querida hermana. Muéstrame los ojos y deja que te los bese. Ya nadie se interpondrá entre nosotras, nadie que venga á turbar y desunir á dos hermanas. Los extraños sólo son buenos para eso. Nó, nó; estaremos solas, y solas nos amaremos, solas con Dios, á quien nos habremos consagrado. ¡Oh! aun seremos felices en nuestro retiro, sí, y rogaremos por él, rogaremos por él.

Pronunció Mary estas últimas palabras con desgarrador acento. Michel se había arrodillado ante Berta, sin que esta le rechazara, ocupada como estaba con su hermana.

En esto se presentaron algunos soldados en el umbral de la puerta, y el oficial que hemos visto en el mesón de San Filiberto, acercándose al barón le puso la mano en el hombro.

—¿Sois el señor Michel de la Logerie? preguntó.—Sí, señor.—En nombre de la ley dáos á prisión.—¡Gran Dios! exclamó Berta abriendo los ojos á la realidad, ¡gran Dios! yo lo había olvidado.... ¡Ah! ¡yo soy quien le mata! Y allá abajo, allá abajo, ¿qué sucede?—¡Michel, Michel! dijo Mary olvidándolo todo ante el peligro que el mancebo corría; Michel, si mueres, moriré contigo...—Nó, no moriré, te lo juro, hermana, y seréis felices. ¡Paso, caballero, paso! continuó Berta dirigiéndose al oficial.—Señorita, replicó éste con dolorosa cortesía, yo tampoco sé transigir con mis deberes. Como no soy comisario de policía, aunque en San Filiberto fueseis para mí una desconocida sospechosa, nada tenía que deciros; mas aquí os encuentro en flagrante rebelión con la ley, y os prendo.—¿Prenderme en este momento? Pues no me prenderéis viva, caballero.

Y antes de que el oficial hubiese vuelto de su sorpresa, saltó Berta por la ventana al patio y corrió á la puerta, guardada por soldados. Derramando en torno la vista, vió la doncella el caballo de Michel que, espantado por la aparición de la tropa y por el ruido, corría por el patio, y aprovechando la confianza del teniente en las medidas adoptadas para cercar la casa, saltó sobre el caballo, pasó

como un rayo por delante del asombrado oficial, llegó á un punto donde la tapia estaba algo desmoronada, y aguijó tan fuertemente con la brida y los talones al animal, excelente caballo inglés, que le hizo franquear el obstáculo, el cual tenía cerca de cinco piés, y lanzóle en la llanura.

—¡No tiréis á esa mujer! gritó el oficial no considerando tan importante la captura que se decidiera á cogerla muerta cuando no podía viva.

Empero los soldados que circunían la casa no oyeron ó no comprendieron la orden, y una granizada de balas silbó en torno de Berta, quien á uña de caballo huía con dirección á Nantes.

XXXVIII

LA PLANCHA DE CHIMENEA

Veamos ahora lo que ocurría en Nantes durante la noche que comenzó con la muerte de José Picaut y continuaba con la captura del señor Michel de la Logerie.

A eso de las nueve habíase presentado en casa del prefecto un hombre mojado y lleno de barro, y como el portero se negase á introducirle en el despacho de aquel funcionario, le había hecho entregar un papel al parecer muy poderoso, pues el prefecto dejó al momento sus ocupaciones para recibir al recién venido, quien no era otro que el señor Jacinto.

Dos minutos después de esta entrevista, una fuerte partida de gendarmes y agentes de policía se encaminaba á la casa que mase Pascal habitaba en la calle del Mercado, y presentábase á la puerta de la misma calle.

Ninguna precaución se había tomado para disimular el rumor de los pasos de aquella fuerza y encubrir sus intenciones, de modo que maese Pascal al verla llegar pudo cerciorarse de que la puerta de la callejuela no estaba guardada y salir por ella antes de que los agentes de la autoridad acabaran de derribar la de la calle del Mercado.